

‘Perdónanos nuestras deudas: una parábola divina sobre la crisis’

Eduardo González

Octubre de 2008

“Que Dios se lo pague, caballero”, afirmó la buena mujer sin sospechar la que estaba a punto de liar. El hombre acababa de dar su pequeña donación a la fiesta de la banderita de la Cruz Roja y de repente vio el cielo abierto. “Mire, señora. Le voy a dar por cada banderita hasta 20 veces su valor, pero le he de pedir un favor: por cada una que me pegue, dígame otra vez eso de 'que Dios se lo pague, caballero'”. Y la buena mujer, extrañada aunque complacida por tanta piedad, empezó a empapelar de banderitas al hombre, al son intermitente de “Que Dios se lo pague, caballero”.

La cosa sólo acabó cuando ya no había ni luz, ni banderitas, ni dinero, ni espacio físico en el hombre para ponerle más pegatinas. Y así de estrafalario, todo lleno de crucecitas rojas compradas a precio de oro, llegó a su casa, asustó a su pobre esposa cuando le abrió la puerta y empezó a meter las banderitas, una a una, en una enorme caja decorada con personajes de Walt Disney y comprada a los chinos de la tienda de la esquina. No sabemos exactamente cuántas banderitas pueden caber en el cuerpo de un hombre, pero creemos que deben ser muchas. Y a 20 euros cada una, eso es mucho dinero. “He hecho el negocio de nuestra vida, querida”.

Al día siguiente, el hombre acudió con su caja llena de banderitas a la sucursal de su barrio. “Buenas, quisiera hablar con el director”. Y le pusieron con el director, que no tenía otra cosa que hacer que escuchar a un jubilado con una caja de cartón que olía a naftalina. “Dígame”. “Vengo a ejecutar la hipoteca y, de paso, a proponerle un negocio redondo, señor director”. “Dígame”. “Esto que parece una simple caja es, nada más ni nada menos, que el paquete de activos más rentable y seguro que usted pueda imaginar. Atienda, por favor, que es importante. Antes de venir aquí me pasé por la parroquia del barrio y le pregunté al señor cura si la palabra de Dios es fiable en todos los casos. Y me dijo que sí, que en todos los casos. Y le pregunté: '¿y si en esta caja hubiera muchísimas participaciones de la palabra de Dios, cree usted que sería fiable? Quiero decir, ¿cree que esta humilde caja podría recibir algún tipo de certificación que garantizase que, efectivamente, cuenta con la palabra de Dios?' Al principio el cura me puso una cara un poco rara, pero le convencí con otra propuesta. 'Mire usted, padre, si gracias a esta caja consigo librarme de la hipoteca, le prometo que daré una enorme limosna para las almas del Purgatorio'. Y lo conseguí. Aquí está la prueba, señor director. Lea. AAA. Acreditación de Autenticidad ante el Altar”.

“¿Y cuál es exactamente el negocio, señor?”, preguntó el director, que evidentemente era corto de entendederas. “Atienda, por favor. Cada una de las participaciones que tengo dentro de la cajita tiene una garantía de cobro absolutamente fiable. Ciertamente, no creo que sirva para saldar toda la hipoteca, pero merece la pena. Imagínese usted. Es nada menos que Dios quien lo va a pagar. Me lo dijo la señora una y otra vez, cada vez que yo le pagaba una banderita y ella me la ponía. Me las puso por todas partes, incluso en zonas del cuerpo que no hubiera debido tocar, y menos aún mencionando a Dios. Pero vaya, que merece la pena. ¿Se imagina cuántas cosas puede hacer con esto? Tiene la palabra de Dios y la certificación de su representante en la tierra, al menos en el barrio, que supongo que será lo mismo. Cada vez que usted y quienes vengán después de usted deriven estos activos, sólo tendrán que hacer como la señora. Decir alto y claro: 'Que Dios se lo pague, caballero’”.

Ya fuese por su pertenencia a Comunión y Liberación, lo cual se reflejaba en la estúpida sonrisa beatífica que eternamente adornaba su rostro, ya fuese por el hecho de haber sido elegido para el puesto sin otro mérito que el de ser hijo de un alto directivo de la entidad, lo cual se reflejaba en una no menos estúpida sonrisa de suficiencia, el caso es que el director de la sucursal entró en el negocio con mucho entusiasmo. Todo lo demás vino en cascada. Las principales entidades financieras de la ciudad y de otras ciudades y de otros países se convirtieron en la correa de transmisión de una cadena de mensajes plenamente garantizada por Dios. El señor jubilado regresó a casa con las manos vacías y la cuenta corriente llena, pasó por el cajero automático de otra entidad (manías de viejos), sacó cien euros y los dejó religiosamente en el cepillo de la parroquia, todos ellos para las almas de un Purgatorio que, a tales horas y con tantas donaciones, ya debe sufrir una inflación que ni la de Zimbabue.

Había pasado el tiempo. La caja de las banderitas avaladas por Dios ya había recorrido medio mundo. Con ella se habían pagado inmuebles, préstamos, fichajes de fútbol, bonos del Tesoro e incluso indulgencias plenas. Los activos 'nafatalina' o 'Jehová', como se les llamaba en el mundillo de las finanzas, se habían convertido a juicio de muchos periodistas y políticos en la prueba de que Dios existe y nadie, seguramente recordando a los nazis que se convirtieron en polvo de Indiana Jones, había osado abrir esa caja en la que se guardaba nada menos que la palabra del Todopoderoso.

Todo había transcurrido en paz y gloria hasta que un estúpido relativista, ignorando el más elemental sentido común y la historia de Eva y la manzana, abrió un día la caja. Y se escapó todo, incluida la Esperanza. El imprudente Epimeteo, en vez de convertirse en estatua de sal, que hubiera sido lo suyo, empezó a preguntar qué eran esos papelitos pegajosos con crucecitas rojas. Los pesó, los midió y los valoró, y empezó a maliciarse de que le habían clavado un 'hoax', una versión posmoderna y encadenada del más castizo timo de la estampita.

* * *

La cadena se desencadenó. Las fábricas cerraron, los clubes de fútbol más poderosos perdieron la categoría por falta de fondos, se suspendieron conciertos y proyectos urbanísticos. Y Dios, convertido en el mayor deudor de la historia y reducido a la más absoluta nada, tal como había vivido antes de crear el Universo, perdió de golpe toda autoridad moral para perdonar las deudas de nadie, en medio de un caos en el que ni el más devoto de los mortales parecía dispuesto a perdonar a sus deudores.

Dios lo intentó todo. Temeroso de sí mismo y haciendo uso de sus poderes excepcionales, el Todopoderoso decidió convocar a toda la Corte Celestial, cuyos componentes buscaron y rebuscaron las antiguas leyes eclesiásticas contra la usura. Serafines, Querubines y Tronos recordaron a Carlomagno, que la declaró delito. Dominaciones, Virtudes y Potestades resucitaron a Clemente V, que la prohibió. Principados, Ángeles y Arcángeles se aferraron a León XIII, cuya 'Rerum Novarum' condenaba la "usura devoradora" practicada "de modo engañoso por hombres avarientos". Pero de nada sirvió. Nadie parecía dispuesto a perdonar a Dios lo que era del César.

En un segundo intento desesperado, la Corte Celestial creó comisiones de estudio de todas las épocas y lugares para analizar una tremenda crisis que estaba a punto de acabar con la existencia misma de Dios, pero lo único que quedó claro de aquellas reuniones es que sus miembros habían perdido todo contacto con la realidad. Se acudió a Santa Rita de

Cascia, pero la pobre ya hacía tiempo que no se dedicaba a los casos imposibles y se limitaba a cultivar rosas e higos en invierno y a proteger a los funcionarios municipales, que le salían más a cuenta y le aliviaban el estigma. La Virgen de Fátima fue expulsada, entre chanzas e improperios, por proponer como única solución que se concentrara a miles de niños en un descampado mientras se precipitaba el Sol en la Tierra, con Salazar y Franco en la tribuna principal. San Juan, o alguien que había usurpado su nombre, perdió el norte y dedicó un discurso de más de tres horas a hablar de hombres con espadas de doble filo en la boca, de siete sellos, siete trompetas y siete copas, de seises y anticristos, de dragones y bestias, de plagas y armagedones, de Gogs y Magogs, de jinetes y prostitutas de Babilonia y de Jerusalenes celestiales, todo un conjunto de insensateces que no servía para nada útil y que encima partía del muy erróneo dato de que sólo había 144.000 habitantes en la Tierra, lo cual echaba por tierra cualquier cálculo posterior. Desesperados, o acaso deseosos de algún consuelo, despertaron a San Juan de la Cruz para que invocara como sólo él sabía hacerlo a la Santísima Trinidad. “¡Oh cauterio suave!/¡Oh regalada llaga/ ¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado que a vida eterna sabe/ y toda deuda paga”. Pero Dios se enfadó y les recordó que la Santísima Trinidad era él y él estaba en la más absoluta ruina.

Todo parecía descomponerse. La zarza ardiendo se estaba empezando a consumir y no caía el oro del cielo. Pero la solución vino de donde menos se esperaba. Fuentes celestiales aseguraron que fueron Justo y Pastor quienes se acordaron de aquel “muy temido y poco amado” banquero de Dios, a quien se había negado el pan y la sal, que tanta experiencia tenía en operaciones de alto riesgo y que sólo había dejado un agujerito financiero de nada de 1.655 millones de dólares en el Banco Ambrosiano y en el Instituto para las Obras de Religión, una minucia en comparación con los activos 'naftalina'. Resucitado de entre los muertos en su exilio de Arizona, aquel hombretón apuesto, fumador, golfista y extrovertido transformó el agua en vino, multiplicó los panes y los peces y se presentó ante los acreedores, acompañado de su pequeña corte celestial de antiguos miembros del P2 y sin otro equipaje que su carita de buena persona y sus oportunas citas bíblicas, como la del Mateo 18, en la que el “Padre Celestial” entregaba a los verdugos a quienes no perdonasen, “de corazón”, las deudas de sus hermanos, o la del Deuteronomio 15:2, en la que se advertía de que "todo acreedor" quedaba "obligado a cancelar la deuda de su prójimo".

Durante sus entrevistas, la comitiva del mesías Marcinkus incluyó siempre una pequeña advertencia que los poderosos entendieron muy bien: si Dios se arruinaba se arruinarían también ellos. Y vaya si la entendieron. Metodistas, católicos, anglicanos, hugonotes y calvinistas se pusieron de acuerdo para aprobar la mayor operación de rescate de la historia, cuyo monto se abonaría mediante una emisión de deuda garantizada por los enormes fondos de reserva del Purgatorio y por las 30 monedas de Judas, una partida que, habida cuenta del extraordinario aumento de los casos de traición registrados desde entonces, se había revalorizado considerablemente.

* * *

Dios se había salvado por muy poco de la más absoluta bancarrota y, por tanto, de dejar de existir. La vida había recuperado su ciclo vital y divino. En la Ciudad de Dios, San Agustín volvía a proclamar con orgullo que la riqueza era necesaria para que los pobres tuvieran limosnas y la pobreza necesaria para que los ricos pudieran ir al cielo gracias a sus actos de misericordia. Como siempre y por siempre, cada vez que un parado, un hambriento o un desesperado acudía al templo a clamar misericordia o al Palacio del César

para exigir justicia, regresaba de vacío con una única respuesta, amable, contundente y muy reconfortante: “Que Dios se lo pague, caballero”.